



# La noche de los muertos

Ricardo Mariño

loqueleg







[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

© 2001, RICARDO MARIÑO  
© 2001, 2005, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.  
© De esta edición:  
2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.  
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4376-0  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA  
Ilustraciones: ALBERTO PEZ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN  
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Mariño, Ricardo Jesús

La noche de los muertos / Ricardo Jesús Mariño ; ilustrado por Alberto Pez. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

88 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-4376-0

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Pez, Alberto, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 4.500 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015 EN ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

# La noche de los muertos

Ricardo Mariño

Ilustraciones de Pez

loqueleq



**A** las seis de la tarde Jorge Zaca comenzó a preocuparse por lo que marcaba el indicador de combustible de su auto. Hacía más de una hora que no veía casas ni se cruzaba con ningún vehículo: sólo la ruta interminable y la noche que comenzaba a caer. Más que nada lo atemorizaba la posibilidad de que él y Azul, su hija de nueve años que dormía en el asiento trasero, tuvieran que pasar la noche en medio de esa desolación.

En estos casos, cuando ya no había remedio, se enfurecía contra sí mismo por su informalidad y desorganización. No respetaba horarios, de hecho había salido a la ruta cuatro horas después de lo pensado, y jamás podía prever cosas tan elementales como la cantidad de nafta que necesitaría para el viaje.

Desde hacía un par de semanas estaba

preocupado por la imagen que le presentaba a su hija, pero no lograba corregirse. Lo único que había hecho, después de proponerse cambios de conducta y de aspecto, era recoger su larguísima cabellera roja con una gomita de farmacia. En lo demás seguía siendo una especie de Papá Noel mal vestido: un gordo enorme con sandalias artesanales, un pantalón a rayas y una camisa con flores lilas y rojas que se podía a ver a kilómetros de distancia.

Lo primero que haría al regresar a Bahía Blanca, donde vivía, sería comprarse un traje gris y una camisa blanca. Se estaba diciendo eso cuando vio un camino de tierra que se abría a la derecha. Sin pensarlo demasiado y sin aminorar la marcha, describió una curva muy abierta y siguió por ese camino levantando una nube de polvo. Acaso ese camino llevara a algún pueblito donde cargar nafta.

Cinco minutos más tarde el motor dejó de funcionar. Resignado, se limitó a manejar el volante con un solo dedo hasta que el auto se detuvo definitivamente. Permaneció un par de minutos sentado, mirando hacia el frente, sin que se le ocurriera ninguna alternativa. ¿Cómo saldría de ese maldito lugar con su hija? Además de comprarse el traje gris,



en Bahía amasaría tallarines para sus compañeros del grupo de salsa Feos, sucios y malos. El único problema era que él, al proyectar una nueva vida más seria, se había propuesto dejar la música y dedicarle más tiempo al autoservicio Jorgito. En esos pensamientos estaba cuando lo interrumpió la voz de su hija:

—¿Nos vamos a quedar acá, papi?

—¿Eh? No, no, hijita.

—¿Qué vamos a hacer?

—Voy a conseguir nafta —dijo Jorge, y salió del auto con determinación, como si a metros de allí hubiera una estación de servicio. Saltó una zanja y trepó a un poste telefónico para tener una mejor visión de lo que había en los alrededores. Por suerte a unos trescientos metros había algo, tal vez fuera una casa abandonada, pero valía la pena ir a ver.

Caminaron en dirección a esa casa. Comparada con su padre, Azul parecía una miniatura. Iba unos metros atrás, jugando a imitar los pasos medio paquidérmicos de Jorge.

Desde la entrada a la propiedad no podía verse mucho porque el camino de acceso, bordeado por altísimos eucaliptos, describía una curva. Pasada

esa curva Jorge vio una imponente casa como cien metros adentro. Recorrió esa distancia y después dudó entre anunciarse con un grito y batir palmas, pero antes de que lo decidiera apareció silenciosamente un hombre entre los arbustos.

Era un hombre delgado y alto, de pelo blanco, que vestía un elegante (y anticuado, pensó Jorge) traje negro.

—¿Qué busca? —preguntó el hombre mirándolo fijamente.

—Tuve un inconveniente con el coche. Me quedé sin nafta.

—No puedo ayudarlo —dijo el hombre.

—Sólo quería pedirle prestado el teléfono, si es que tiene, para llamar a un auxilio o pedirle a alguien que me alcance un poco de nafta —intentó decir Jorge, tratando de parecer simpático aunque habitualmente lo era.

—Ya le dije. No puedo ayudarlo.

Pero en ese momento apareció Azul y el hombre se sorprendió tanto que Jorge estuvo a punto de preguntarle qué le ocurría.

—Es mi hija —le explicó.

Azul se paró al lado de su padre y miró al hombre con intriga.

—Pasen, pasen —dijo el hombre, cambiando su expresión de hostilidad por una amable sonrisa.

Antes de que entraran en la casa salió a recibirlos una mujer.

—Mi esposa —aclaró el hombre.

La mujer tuvo una expresión de curiosidad al mirar a Jorge, pero al dirigir la vista hacia Azul se quedó con la boca abierta y necesitó unos segundos para reaccionar.

—Buenas noches —dijo por fin, inclinándose un poco la cabeza en un gesto refinado.





**E**l interior de la casa era espacioso y elegante. Los muebles de madera maciza, las altas vitrinas con copas de cristal tallado, los enormes cuadros de marcos dorados, todo lo que había denotaba cierto cuidado en la elección.

Jorge se sintió algo incómodo por el contraste entre su figura y la elegancia de los dueños de casa, y la nena recién mostró alguna simpatía cuando la mujer le dijo que en la cocina tenía frascos con dulces caseros y que le permitiría probarlos. Como el hombre, también la mujer hablaba con cierta sonoridad inglesa y se mostró muy amable y cariñosa con Azul, guiándola hasta la cocina.

El dueño de casa dijo que ellos no podían ofrecer más ayuda que un bidón para que Jorge fuera a buscar nafta hasta la estación de servicio que estaba a una hora de camino.

—Por supuesto, nosotros podemos cuidar a la niña y darle de cenar mientras usted va hasta allá —aclaró el hombre. Jorge le agradeció esa ayuda porque no tenía ningún interés en caminar de noche con Azul por aquellos parajes.

Además, sentía cierta urgencia por volver a la ruta. Su ex esposa lo esperaba a trescientos kilómetros de allí y se alarmaría mucho si él no llegaba con la nena, no ya en el horario anunciado, sino en el mismo día, aunque más no fuera. De modo que optó por dejar un rato a Azul e ir a pie hasta la estación de servicio.

Como descontaba que Azul, que permanecía en la cocina, no aceptaría quedarse sola con esa gente, decidió no avisarle. Era una opción cruel pero era imposible hacer todo ese camino acompañado de la nena. Salió a la calle y comenzó a caminar con tranco apurado.

Eran las ocho de la noche y, si se apuraba, podría regresar a las diez, cargar el bidón de nafta en el auto, ir a la estación a completar el tanque y retomar luego la ruta.